

# La Semana Ilustrada



Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.  
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 1.º de Junio de 1907

Número suelto: 10 céntimos.

Núm. 5.

## FECHA SANGRIENTA



EL ATENTADO CONTRA LOS REYES

Ayuntamiento de Madrid

## NUESTRAS PLANAS EN COLOR

## Fecha sangrienta.

Hoy dedicamos nuestra primera plana á recordar la terrible catástrofe del 31 de Mayo. El pincel de nuestro redactor artístico, Sr. Blanco Coris, ha reproducido el momento trágico en que estalló la bomba.

Para hacer el apunte, ha utilizado unas magníficas fotografías que don Braulio López, el acreditado industrial de la calle del Príncipe, ha tenido la bondad de cedernos.

## En el fondo de una mina.

Cerca de Saint-Etienne, en una de las galerías del pozo Villiers, de la Compañía hullera del Loire, el ingeniero M. Lapotre, joven de treinta años, ha sido víctima de una tentativa de asesinato.

M. Lapotre, al bajar al pozo, riñó á un terraplenador llamado Piat, que le contestó agriamente, y sin darle importancia á lo ocurrido siguió recorriendo la mina.

Una hora después encontrábase solo en una galería, cuando oyó detrás de él pasos precipitados, y á la claridad de una lámpara, que rompía la oscuridad, aproximándose, reconoció á Piat.

—¿Ocurre algo?—preguntó, creyendo que se trataba de un accidente.

Piat siguió aproximándose, sin contestar, y antes de que el ingeniero, sorprendido, hubiera intentado defenderse, le descargó sobre la cabeza un terrible golpe con el pico que empuñaba. M. Lapotre cayó aturdido; pero se repuso en seguida, y lanzóse á la desesperada sobre el agresor.

Al caer, se había apagado su lámpara, y solo la del terraplenador alumbraba la bárbara escena. El ingeniero, herido, iba á sucumbir, cuando en el fondo de la galería aparecieron las luces de algunos mineros, y Piat huyó.

Reconocido por los médicos M. Lapotre, fué curado de graves heridas en la cabeza y en la espalda.

Piat fué detenido al salir de la mina. Es hombre que tenía fama de trabajador, prudente y honrado. Se cree que no goza de la plenitud de sus facultades mentales.

## ESPAÑOLERIA ANDANTE

## AVENTURAS DE DIEGO MARTÍN

RECUERDAN NUESTROS lectores el suceso ocurrido en el Universal?

Hace unos días entraron en dicho café, cuando mayor era la concurrencia, Diego Martín y Pablo Concha. Discutieron acaloradamente, y de pronto el segundo dió un bastonazo á Martín, que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, empuñó el revólver, apuntó frío y resuelto y le metió una bala á su agresor en el antebrazo derecho.

La prensa diaria dedicó al suceso—en realidad, poco importante—algunas líneas, y ciertos periódicos, mal informados, dijeron que Diego Martín había sufrido algunas condenas.

Esto no es cierto. Martín ha tenido relaciones con la justicia; pero siempre ha salido limpio de sus garras. Es este un tipo tan curioso, tan interesante, que vamos á relatar algunas aventuras de su vida, borrascosa y accidentada. Martín no da importancia á la sangre. El riesgo le atrae. El peligro de lo incierto, de lo desconocido, le enamora. En su cuerpo vibra el alma de uno de aquellos viejos aventureros que acuchillaron hebreos en Flandes y desbarrigaron indios en América. Si hubiera nacido tres siglos antes, D. Diego, largo de manos y corto de razones, hubiese, quizás, ganado gloria y fortuna... Hoy... hoy el valor no lo es todo.

Y esta es la principal condición de Martín: el valor. Un valor ciego, frenético, temerario, que le hace acometer las más arriesgadas empresas. Fué á Cuba en clase de oficial de movilizados, y pronto se distinguió por su bravura inabersimil. Jamás desmayó su ánimo; jamás perdió la confianza, ni la serenidad,

ni la alegría. En los más apurados trances, Martín, risueño, burlándose de las balas, desafiando á la muerte con la impavidez de un suicida, servía de ejemplo á sus hombres y les entusiasmaba y les enardecía. Ganó legítimamente varias cruces, y poco antes de terminar la guerra realizó un acto heroico y fué propuesto para una altísima recompensa.

Nuestros soldados, sorprendidos por los insurrectos, defendíanse en una trinchera. Los enemigos, superiores en número, hacían un espantoso fuego, sin conseguir que los nuestros cesaran, y vitoreaban la bandera yankee, que tremolaba uno de ellos, reventando de satisfacción.

Martín, exasperado al ver que los filibusteros luchaban al amparo del pendón americano, en un arranque de brava osadía, abandonó la trinchera, y solo, con el revólver en la mano y el machete al cinto, atravesó, arrastrándose, al amparo de los matorros de la manigua, la distancia que le separaba del enemigo, y de pronto apareció entre sus filas, cayó como un tigre sobre el que agitaba la bandera, arrebátosela de un zarpazo y huyó con ella, protegido, en los primeros momentos, por la estupefacción de las falanges filibusteras.

Claro es que los sorprendidos cubanos repusieron en seguida y saludaron con varias descargas á Martín. Pero éste, con un balazo en una cadera y otro en una pierna, se refugió en la espesura, y sin soltar el glorioso trofeo, reprimiendo sus dolores, llegó á la trinchera donde los testigos de su heroísmo le recibieron alborozados.

Al terminar la guerra, Martín se vió obligado á regresar á España, y su vida se torció. El es un hombre de presa, bueno para recorrer el mundo con un fusil en la mano y una espada al cinto, repartiendo fusilazos y estocadas, sin pensar en jueces, guardias civiles, magistrados ó carceleros... Y con los primeros, al menos, se encontró.

Hace cuatro años, en el café Colonial, discutió por cuestiones de intereses con D. José Matres. La discusión convitióse en disputa y las reclamaciones en insultos, y Martín, como en los rojos días cubanos, empuñó el revólver y disparó sobre su contradictor, sin herirle por fortuna.

Martín fué procesado, pero le absolvieron. Dos años después, estando en Santander de veraneo, demostró nuevamente su fiera acometividad. Fué en casino, denominado, con macabro humorismo, *El huerto del Francés*, donde se distraían los socios jugando al *baccarat* y al monte. Diego cuestionó con un sujeto al que todos conocían por el apodo de *Piloto*. El *Piloto*, un jaque petulante y fanfarrón, que vivía de su fama de valiente, disparó cinco tiros sobre Martín, sin que le alcanzara ninguno, y éste le devolvió «el recado» matando al profesional de la valentía y á un jugador, «hiriendo á tres amigos del martirizado «Jorge». Martín fué procesado y absuelto.

Terminaremos este artículo refiriendo una entrevista que no carece de interés.

Muy pocos días antes de ocurrir el suceso del Universal, Martín, al que acompañaba un simpático y distinguido militar, visitó al ministro de la Gobernación, diciéndole que estaba dispuesto á prender al famoso bandido el *Pernales*.

La conversación entre el Sr. La Cierva y Diego Martín fué curiosísima.

Este tenía tal confianza en el éxito de su empresa, que no quería marcharse sin la autorización del ministro.

—Concédame el permiso, y antes de ocho días tiene usted en su despacho la cabeza de ese bandolero, dentro de un saco de aserrín.

El Sr. Lacierva no aceptó el ofrecimiento, y hoy, mientras Pablo Casas se cura su brazo atravesado, Diego Martín pasea inactivo, y el *Pernales*, triunfante, saquea á los labradores andaluces.

## COPLAS DE LA SEMANA

por UN REPÓRTER

## Amor á tiros.

CAZADOR que á caza vas de mujer ó de león, ¡ay de ti, si no le das en mitad del corazón!

Esto dijo don Manuel del Palacio en una copla, y ante frase tan cruel mucha gente exclamó: «¡Soplal!»

En *mitad del corazón* no fué, lectores, un ripio del cantar (ó la canción) que reproduczo al principio.

No fué tampoco un alarde del «matón» ó del «valiente» que, á quien le diga «¡Cobardel!», mata lisa y llanamente.

Don Manuel, autor prolífico, buen ciudadano y buen padre, era el hombre más pacífico que haya nacido de madre; y no podía incitar á nadie al asesinato, ni el crimen preconizar, quien nunca dijo: «¡Te matol!»

Eso de *si no le das en mitad del corazón*, á mi juicio, no fué más que un rasgo de observación; y hallo en esa poesía (que alguien llamó «demagógica») una gran filosofía, que me parece muy lógica.

Me inspira estas reflexiones cierta causa criminal que en una de las secciones de la Audiencia provincial se ha visto contra el autor de un ataque á una mujer, á la que quiso imponer á viva fuerza su amor.

«Si no por buenas, por malas me quearrás», á Eugenia Raso, Esteban García Salas dijo. Ella no le hizo caso; y el hombre, en su obcecación al ver tanta terquedad, le dió un balazo «en mitad»; pero no del corazón...

Fué en *mitad* de la cabeza—(que es la que él creía mala—en donde (insigne torpeza!) le introdujo aquella bala.

Creyendo Esteban mortal la herida, apuntó también contra sí, y el criminal le dió un tiro en una sien.

Curaron de sus lesiones y, por fin, se casarán; lo cual prueba que igual dan cabezas que corazones.

Y es que, disparando al centro de una de otro, proyectil de revólver ó fusil... lleva un amorcillo dentro!

Hombre que al acecho estés de mujer de león: ¡lo mismo da que le des en *mitad del corazón* que en *mitad* de... los dos pies!

## ¡Ya os lo dirán de misas!

Antonio Vicent Soler y Juan Bautista Dignon se unieron contra un tercer individuo inocentón, á fin de sacarle mil pesetas al pobre primo por el siempre odioso y vil procedimiento del «tímo».

—Oiga usted, don Emiliano (díjole uno de los dos: el Vicent), yo soy paisano de usted, ¡y me valga Dios si no celebramos juntos un encuentro tan feliz!...

Llegó el otro de los «puntos», quien se acercó al infeliz don Emiliano y le dijo, con un acento extranjero:

—Sepa usted que yo soy hijo de mi padre, caballero.

Y repuso el primo:

—Sí que lo será; no me opongo, pues igual me pasa á mí.

El de *extranjis*:

—Lo supongo; pero, ¡ay!, se murió.

—Lo siento.

—Y guardo una cantidad á fin de dar cumplimiento á su última voluntad. Diez mil duros.

—¡Caracoles!

—Y como yo ignoro los usos de los españoles, y he de encomendar á Dios su alma con tal cantidad, en misas, yo le suplico que tenga usted la bondad (yo no saber si me explico...)

—Sí, sí.

—... de indicarme un templo *bien honorable* (el de San Jerónimo, por ejemplo), pues allí se las dirán decentes.

—¿El qué?

—Las misas.

—¡Hombre! Eso es faltar al clero de las demás.

—Tengo *prisas* por marcharme al Extranjero (yo tornar á la Silesia) y solo resta saber en qué calle está la iglesia que *vengo* de proponer.

El Vicent, con mucha guasa, le preguntó:

—¿Y dónde están los diez mil duros?

—En casa. Mas, si me indican á San Jerónimo, se los doy; y ustedes mismos se llegan al templo, y se los entregan al cura.

Vicent:—Ya hoy... Pero mañana temprano...

Y guiñó un ojo al «paisano», como diciéndole:

—¡A ver si éste nos saca de apuros, y nos quedamos los dos, claro es, con los diez mil duros; y que perdone por Dios el pobrecito difunto!

El paleto dijo:—¡Bien!

Pero añadió el otro «punto»: —Yo *precisar* que me den mil francos como señal de que han de cumplir mi encargo.

Y el paleto:

—No está mal—dijo—; pero sin embargo, yo no los traigo conmigo. Si no; de muy buena gana.

—Igual es hoy que mañana, ya que el señor es testigo...

Arreglado así el asunto á satisfacción de todos, de ellos despidióse el «punto» con gentilísimos modos, diciendo que los vería por la mañana siguiente en una cervecería *sita* en la acera de enfrente.

El otro se despidió más tarde de su «paisano». Ya en la cama, se es-camó bastante don Emiliano; y, tan pronto rayó el día, para contar el suceso fuese

á la Comisaría del distrito del Congreso, y un agente de la ronda secreta le dijo:

—¡Primo! Vuelvase usted á su fonda, que le iban á dar el «tímo» que se les da á los *catetos*.

—¡Ay, dígame usted cuál es!

—El «tímo» del portugués...

Total: que á los dos sujetos los cazó la policía donde le habían citado, y que fueron al Juzgado desde la Comisaría...

## La novela de un danzante.

PABLO Delfy, ó, para conservar su nombre de aventurero, el barón de Fly de Mery, detenido actualmente en la ciudad francesa de Enghien, es un guapo y atractivo joven, que aprovechaba ingeniosa y divertidamente sus gracias naturales para estafar á cuantas amorosas mujeres acudían candorosamente al reclamo con que el engañador Apolo se ofrecía, con sus magníficas rentas, en solemne matrimonio.

Muchas veces, en las escuelas distinguidas de baile, había encontrado Fly jóvenes bellos como dioses, que danzando á la perfección y mediante un sueldo ventajoso, tenían la especialidad de atraer á los cursos de enseñanza coreográfica] crecido número de señoritas, haciendo prosperar grandemente la casa que utilizaba sus excelentes servicios. En calidad de tipo de esta clase, pero de mucha más elevada categoría, el barón de Fly asoció su fortuna á la de la señora de Koenig, artista dramática, que en la calle de San Domingo, y con el pretexto de una taza de té ó de una hora de música, se dedicaba á la agradable cuanto humanitaria misión de aparear las almas hermanas, desilusionadas ó tímidas, á que el azar desdichado ó la vida sin método, no se ocupaban de aproximar y unir.

La presencia del barón de Fly comunicó al salón de la señora de Koenig un lustre prestigioso. De mes en mes, anuncios publicados en periódicos especiales, exhortaban á las damas sentimentales, en humor de coyunda y en posesión, á lo menos, de cuatro mil francos de renta, á casarse con un caballero de la mejor sociedad é igualmente anheloso del matrimonio, que gana de cuarenta á cincuenta mil francos por año.

Un día llegó de Niza una señorita] ya de edad, filántropa y persona algo notoria. Y el barón le dijo: «Amiga, yo quiero que la condecoren á usted. Si, si, usted lo merece por sus buenas obras de bienhechora. Y tanto más lo deseo, cuanto que yo no me casaré sino con una mujer que pueda prender de su pecho la cinta roja.» Presentó el barón á la vieja señorita, decidida á que la condecorasen, á un alto funcionario, un amable compinche, al cual tuvo la dama que anticipar cuantiosos fondos para asegurarse su apoyo.

En éste, como en los demás casos, entregado el dinero por las candidas señoritas, en su mayoría incasables, el barón las esquivaba, rehuyendo la exigencia de la palabra de boda prometida. Pero cuando llegaba el término del plazo suscripto para el cumplimiento de la promesa, el barón jamás dejaba de convocar á sus víctimas, y con gran calma, cortaba sus lamentaciones de esta manera: «Querida señora, tengo el sentimiento de ponerla á usted en autos de que yo soy casado. Mi mujer es muy celosa. Es, pues, inútil...» Y si la triste novia insistía, políticamente le ponía en las manos un cuadernito, forrado de rojo, diciéndole. «Leed esto.»

Eso eran recortes de periódicos, refiriendo con todos sus detalles el suceso de la calle del Kocher, suceso del cual su hermana había sido la heroína, cuando en Mayo de 1892 mató á la señora de Lassimone, la amante de su marido. Y las viejas señoritas, espantadas, leían frases como ésta:

«La víctima se desplomó lanzando un grito horrible; se la levantó de un mar de sangre—había recibido cinco tiros de revólver á quema ropa—y con el vientre abierto de cuatro puñaladas.»

—Si; nosotros somos así en nuestra familia—apuntaba el barón, sonriendo.

Sin embargo, algunas de las prometidas, enérgicas, se decidieron á querellarse, entre ellas la dama de la cinta roja. Y el barón, en fin, fué detenido. Uno de sus compañeros de fiestas ha sido también acusado, así como la señora de Koenig. Y es probable que aparezcan nuevos cómplices de esta explotación del sentimentalismo femenino, avivado por la desilusión de los años, si todas las víctimas—que son numerosas—del ingenioso danzante se deciden á perseguirlo.

## PROCESO FAMOSO

## EL ATENTADO CONTRA LOS REYES

## El 31 de Mayo.

Recuerdos.—La catástrofe.—Escenas terribles.

PASADO mañana, en la sección cuarta de la Audiencia, comenzará la vista del famoso proceso por el atentado contra los reyes.

La expectación en Madrid es enorme. Amigos y adversarios de los procesados aguardan con ansiedad el fallo de la justicia.

El terrible desastre nadie ha podido olvidarlo... Fué á las dos y diez minutos de la tarde. El público, que llevaba largo tiempo aguardando al final de la calle Mayor, para ver á los reyes desposados, removiéndose impaciente. Habían desfilado casi todos los carruajes del cortejo, llenos de herederos de tronos, de altísimos personajes, y la pomposidad palatina admiraba á la bullanguera multitud. Y de pronto sonó un grito regocijado.

—¡Los reyes! ¡Ahí están!

El pueblo avanzó. En la pendiente que forma la calle veíanse los batidores, los soldados de la escolta con los cascotes lucientes heridos por el sol; la carroza de respeto, rodando con pausa majestuosa, y más lejos, en segundo término, la carroza de la corona, rodeada de caballeros y militares y escoltada por lucida tropa.

Siguieron avanzando. Los tordos soberbios que arrastraban el coche de los reyes pasaron por el cruce de la calle de San Nicolás, y al llegar el tiro de antero frente á la embajada de Italia, se vio caer un ramo de flores que había arrojado un individuo desde un balcón de la casa número 88—la que hace esquina con la citada calle—, y en seguida, al chocar el ramo en el pavimento, oyóse una tremenda detonación.

Hubo unos segundos de estupor. La terrible máquina había descendido rápidamente, rodeada por una especie de humareda que cegó á los curiosos, y al estallar, esparciendo la muerte con bárbara violencia, el terror apoderóse de la multitud.

Luego este pánico que inmovilizaba á la gente, que la petrificaba, convirtiéndose en el terror loco que arrastra á las muchedumbres á la huida. Un alarido inmenso, compuesto por mil alaridos, rasgó los aires. Rompiéronse las filas de soldados, y una masa de criaturas ululantes corrió sin dirección fija, como un tropel de corderos espantados, buscando un refugio.

—¡Una bomba! ¡Han tirado una bomba! ¡Hay muchos muertos!

Estas palabras, pronunciadas entre sollozos, producían un efecto indescriptible. Los hombres, demudados, gritando roncós, se abrían paso á empujones. Las mujeres huían exhalando agudos gritos.

En el suelo había algunos cadáveres. Un soldado, sin pies, con el pecho hendido, con las piernas maceradas... Un palafrenero, convertido en un montón de carne sangrienta, chamuscado por el soplo terrible de la bomba... Un guardia con la cabeza deshecha.

Aún creemos ver el espantoso cuadro; aún salta acongojado nuestro corazón al recordar la escena inolvidable.

Los soldados de la escolta, rabiosos, temblando de emoción ó ira, galopaban revolviendo los caballos, agitando los sables; sin oír las voces de sus jefes, gritando ellos también palabras sin sentido.

Por las junturas de los adoquines corrían hilillos de sangre, y su púrpura trágica manchaba el estribo de la carroza regia, los trajes, las paredes.

Los caballos del tiro, ametrallados en el vientre, cubiertos de heridas, con los ojos llenos de vértigo, se encabri-

taban sacudiendo el coche. Uno de los del trono, el de la derecha, que había recibido parte de la descarga en el pecho, estaba muerto; el otro, materialmente acribillado, relinchaba vacilante, con la finísima piel recorrida por nerviosos estremecimientos.

El rey, en el momento del terrible estallido, abrazó á su esposa como para protegerla, y asomóse á la ventanilla, muy pálido, pero muy sereno, saludando á la multitud:

—No ha sido nada.

Minutos después, camino de Palacio los reyes y ya algo más tranquilos de ánimo las autoridades y el pueblo, pudo apreciarse la magnitud de la catástrofe.

Habían muerto aristócratas, como la desgraciada marquesa de Tolosa y una señorita hija de la condesa de Adameiro; burgueses, soldados, campesinos, obreros... Madrid, espantado, dolorido, lanzóse á las calles para informarse del tremendo suceso. Y aquella misma noche adquirió la execrable celebridad del crimen un nombre que no ha vuelto á pronunciarse sin horror: el de Mateo Morral.

La huida del anarquista.—Hamilton.—Muerte de Morral.—Detenciones y procesos.

La huida de Morral convirtióse en la pesadilla de los madrileños. ¿Cómo pudo fugarse el asesino? Se comprendía que en los primeros momentos, aprovechándose del espanto de la multitud, hubiera podido salir de la casa y mezclarse á los grupos que formaban los fugitivos y burlar la vigilancia—no muy temible, por cierto—de guardias y polizontes. Pero ¿y después? ¿Cómo logró ocultarse? ¿Cómo consiguió salir de Madrid? ¿Quién le amparaba?

La policía trabajaba desesperadamente, creyendo ver en cada tipo raro por su indumentaria un anarquista; la gente, todavía bajo la impresión del desastre, huía en las calles, atropellándose y gritando, sin el menor motivo: por el grito de un gracioso fúnebre, por el cocear de un caballo, por las carreras de unos golfos.

Diéronse palos á ciego, como el que brumó al infeliz Hamilton—el magnífico inglés de la monumental chistera que fué detenido en la estación del Norte y apaleado y apedreado bárbaramente, por la «penetración» de un Goroncillo que creyó reconocer bajo la gran «bimba» al mismísimo Morral.—Y un día después, el Morral auténtico se rompe el corazón de un tiro, en la carretera de Torrejón de Ardoz, cerca del ventorro de los Jaraices, después de saltarle los sesos á Fructuoso Vega, el guarda que sospechó de él y le detuvo.

Identificado el anarquista, supiéronse curiosos detalles de su vida. Morral, hijo de un honrado fabricante, fué educado con lujo. Hombre melancólico, de acedo carácter, de exaltadas ideas, se asfixiaba respirando el ambiente burgués del hogar, y riñó con su familia. Estaba en Alemania cuando comenzó á propagarse por Europa el *neomalthusianismo*, y entusiasmado por este nuevo sistema anarquista que hacía la guerra á la sociedad no engendrando hijos, para privar á los poderosos de obreros, de soldados y de servidores, se afilió en seguida á la secta.

En España vivió aislado. Era conocido en Madrid. Algunos concurrentes á la cervicería de Candelas aún recuerdan la exaltación con que defendía sus ideales.

Hicieron gestiones para averiguar quién protegió al anarquista después del atentado, y fué detenido el zapatero Lara, ácrata en otros tiempos, el cual dijo que Isidro Ibarra, inspector de tranvías al servicio de la Compañía

Madrileña de Urbanización, le rogó que hospedase á un periodista italiano, que se había fugado del penal de Ocaña. El negóse, sospechando que el tal periodista fuese Morral.

Buscóse á Ibarra y éste corroboró lo dicho por el zapatero, y se disculpó diciendo que había intervenido en el asunto por complacer á su protector D. José Nakens.

Todo se puso en claro. Averiguóse que Morral había dormido en las Ventas del Espíritu Santo, en un parador del ex sargento Mata, y que el día primero, disfrazado con las ropas que compró para él la esposa del ex sargento, había salido de Madrid. Nakens, Martínez, redactor de *El Motín*, y Mayoral, empleado en la administración de dicho periódico, fueron detenidos horas después que Mata, y el mismo día llegaba á Madrid, también preso, el director de la Escuela Moderna de Barcelona, D. Francisco Ferrer.

El Sr. Ferrer declaró que era amigo de Morral, que si éste profesaba ideas anarquistas no hacía ostentación de ellas, y que le había dado ocupación en la Escuela porque dominaba tres ó cuatro idiomas y traduciendo le prestaba servicios utilísimos.

De la intervención de D. José Nakens en la fuga del anarquista, no hemos de hablar. En las cuartillas que él envió á los periódicos narraba lo ocurrido, disculpando noblemente á los que le habían ayudado.

## Hablando con los procesados.

NAKENS.—FERRER

Por creer interesantísimo para todos el conocer, en visperas de la apertura del juicio oral, las impresiones íntimas, personales y subjetivas de las dos grandes figuras de este proceso «de la bomba», me personé—valga la frase curialesca—en la Cárcel Modelo al medio día del martes último. Mi excelente é ilustre amigo el doctor Salillas—á quien pudiera con razón aplicarse en el grado superlativo ambos epítetos—me recibió con su franca cordialidad de siempre, y después que echamos un largo párrafo acerca de la vida actual del notable criminalista como director de aquel establecimiento penitenciario, le expuse mis propósitos y deseos de conferenciar con los Sres. Ferrer y Nakens, á lo que se dignó acceder galante y gentilísimamente, dando las órdenes oportunas para que, si ellos eran gustosos, comunicasen separadamente conmigo en el locutorio de abogados. Me despedí del afectuoso don Rafael, y sobre la una de la tarde daba comienzo la primera de mis dos entrevistas.

La noble figura del batallador propagandista republicano, D. José Nakens, es tan popular y tan conocida por su constante intervención en los actos públicos del partido durante muchos años y por sus valientes campañas en *El Motín*, que no es cosa de «descubrirla» ni describirla ahora.

Nakens que ha sido, y es y será un infatigable trabajador, se me presentó en traje de faena, cubierta con una modestísima gorra de paño su venerable cabeza de apóstol y vestido con un pantalón y una americana en mediano uso, traje que revela las estrecheces con que vive en su celda de la Prisión Celular un hombre que, á haber renegado de sus ideas y pactado con sus enemigos, habría llegado seguramente á ocupar puestos de preferencia en el gran teatro de la política. Por su carácter retraído y por el enojo y el disgusto que la farsa le producía, Nakens prefirió muchas veces quedarse de simple espectador á desempeñar los

papeles importantísimos que su inteligencia y su autoridad le habrían granjeado en el reparto.

Al pedirle que me manifestara sus impresiones de última hora respecto á las esperanzas ó los temores que le inspire la celebración de la vista en juicio oral de la causa por el atentado del 31 de Mayo del año último, sonrió bonachonamente y me dijo así:

—No me preocupa mucho ni poco el resultado del juicio. Mi situación en el proceso fué por mí públicamente definida, y creo que soy la única persona á quien debe condenarse, por ser la única también responsable de algún delito, después de la autoejecución del perpetrador de aquel atentado. Contestando yo á preguntas del juez que nos encausó y que nos instruyó el sumario, le contesté que, efectivamente (como él suponía), hice lo que hice en favor de Mateo Morral por miedo á perder el fruto de toda una vida de trabajo, pues de cualquier otra manera—si me hubieran visto con él ó le hubiese dado hospitalidad en mi propia casa—resultaría yo comprometido más gravemente. Lo que hice, hecho está; y, aun estimando mi condena segura, crea usted que no pienso en las consecuencias que pueda acarrearle mi intervención en este asunto. No he tenido tiempo siquiera para pensar en ello, pues desde que estoy recluido aquí no he hecho otra cosa que trabajar en la selección de los innumerables artículos publicados por mí en *El Motín* y en otros periódicos. Y en ello seguiré laborando, después que el tribunal me sentencie, aquí, ó en otra parte.

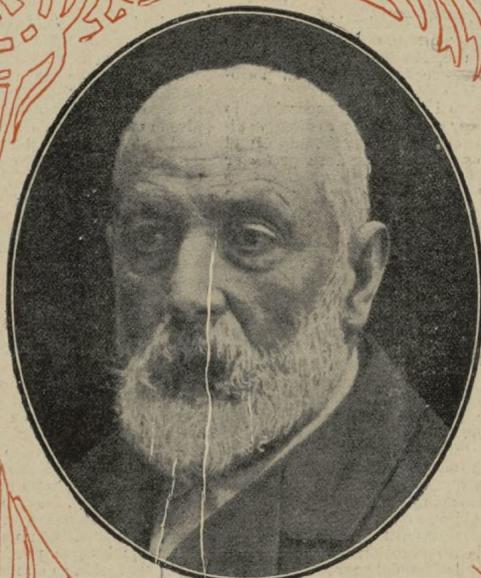
Nakens, que no hace mucho dió á la estampa, bajo el título de *Muestras de mi estilo*, muchos de sus cálidos y vibrantes artículos, continúa la árdua labor de releerlos y clasificarlos, desechando unos y limando y puliendo otros. Estos últimos constituyen escasamente la cuarta parte de su trabajo copiosísimo por espacio de muchos años, y dan materia para formar sesenta volúmenes como el anteriormente citado (de trescientas páginas en octavo), del cual se dignó darme un ejemplar con afectuosa dedicatoria. Dentro de pocos días saldrá á la venta el segundo tomo, que se titula *Cuadros de miseria, tomados del natural por José Nakens*, y que obtendrá seguramente tan feliz éxito como el primero de la serie.

Cuando nos despedimos, tornó á sonreír con su característica *bonhomie*, y me dijo:—Ya sabe usted que mi impresión personal, en cuanto á mí toca y por lo que se refiere al proceso, es la de no tener ninguna...

\*

La primera impresión que causa el aspecto físico de Ferrer es la de un militar *ordenancista*. El cabello cortado al rape, encanecido por el vigil de los estudios (y acaso también por las horas de la desgracia); el bigote, espeso y caído, y la perilla frondosa y lacia, cuyo color de endrina contrasta llamativa y notablemente con el rucío tordear del cráneo; la enérgica expresión de los ojos, negros y llameantes y sugestivos; todos los rasgos de la cara y toda la marcial apostura del ex director de la Escuela Moderna, de Barcelona, prístanle el fiero continente de un viejo soldado de los guerreros tercios de Flandes, porque no hay nada—ni en su fisonomía ni en su cuerpo—de la y fina apariencia de los antiguos guardias de Corps ni de los actuales alabarderos. Hasta su voz, llena de melosa dulzura á ratos, adquiere en otros la rudeza del militar acostumbrado por igual á mandar obediencia á los subalternos y á obedecer el mando de los superiores jerárquicos.

# LAS FIGURAS DEL PROCESO



D. JOSÉ NAKENS



ISIDRO IBARRA



AQUILINO MARTÍNEZ



CONCEPCIÓN PÉREZ



BERNARDO MATA



PEDRO MAYORAL



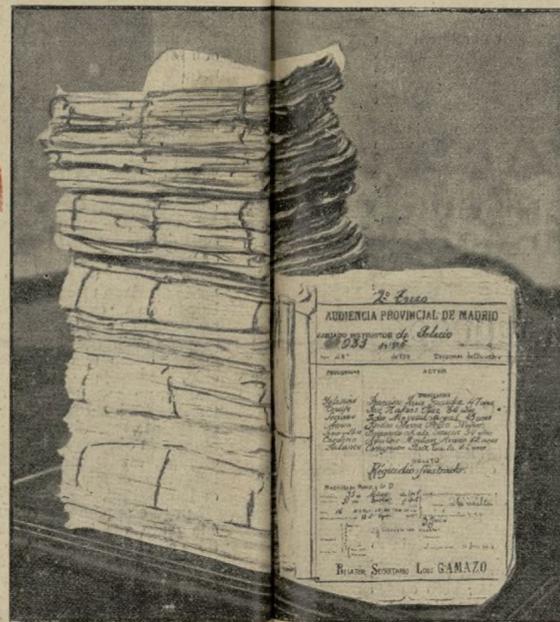
D. FRANCISCO FERRER



MENÉNDEZ PALLARÉS  
Defensor de D. José Nakens, Ibarra y Mayoral.



D. ALVARO BECERRA DEL TORO  
Fiscal.



AUTOS



D. LUIS H. LARRAMENDI  
Defensor de A. Martínez.



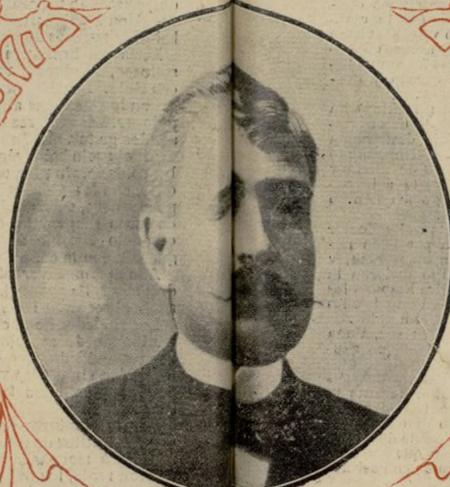
D. EMILIANO IGLESIAS  
Defensor de D. Francisco Ferrer Guardia.



D. ENRIQUE NIETO  
Defensor de Concepción Pérez.



D. TOMÁS ALBALADEJO  
Magistrado.



EXCMO. SR. D. JOSÉ ROMERO DE TEJADA  
Presidente Sala.



D. JOSÉ ORTEGA MOREJON  
Magistrado.



D. BONIFACIO ROZALÉN  
Defensor de Mata.

Todas estas observaciones, escritas al correr de la pluma, tuve yo que hacerlas al vuelo, porque D. Francisco Ferrer y Guardia más ha nacido para examinador que para examinando, y es hombre más para interrogar á quien le pregunta que para ser interrogado por la persona que le exige contestación. De esa su brusquedad nativa, en la que hay mucho de lo agreste de las montañas catalánicas y de los paisajes del Pirineo, le han acusado algunos de sus incondicionales amigos, por haber hecho gala de ella, inconscientemente y por ser contrario á toda suerte de disfraces y máscaras, ante el juez especial nombrado para instruir la causa —y hoy dignísimo magistrado— don Manuel del Valle. Pero Ferrer solamente acata los dictados de su impulsivo temperamento y es imposible hacerle abdicar de esa fuerza indomeñable que presta á los espíritus valerosos una convicción vigorosamente sentida. Su carácter es geométricamente rectilíneo, sin puntos de inflexión ni hibridajes de línea mixta.

«El juez instructor—me decía el señor Ferrer—se habrá convencido seguramente de que yo sólo dije la verdad desde mis primeras declaraciones, y de que se ha cumplido en absoluto cuanto le pronostiqué en ellas. Dos solos cargos de alguna gravedad (para él) me hacía, á saber: que yo me había ocultado en Barcelona durante el día 31 de Mayo, y el de que infundía yo no sé qué sospechas el origen de mi fortuna, que no traspasa ciertamente los límites de una *áurea mediocritas*. Contesté á ambos cumplidamente, y en el sumario consta la prueba plena de lo infundado de ellos, como podrá verse en el acto del juicio oral.

«Yo le dije—sigue hablando el señor Ferrer—que procedían tales cargos de algún poder oculto, interesado grandemente en la supresión de mi Escuela Moderna, y creí (y lo creo, y lo creeré de por vida) que mis enemigos, encubiertos y solapados, fueron, son y serán los Jesuitas barceloneses.

«Mi impresión—en cuanto al punto concreto del juicio oral—es la de que mi defensor no ha de defenderme siquiera, pues creo firmemente que el fiscal, Sr. Becerra del Toro, retirará su acusación contra mí al ver el resultado de la prueba que haya aducido, y estimo que se me pondrá en libertad—abuelto con todos los pronunciamientos favorables—antes de que llegue la hora de mantener ó modificar las conclusiones provisionales formuladas por las partes interesadas en la substanciación del proceso.

«Debe usted hacer constar—añadió—que éste no sólo ha dejado de paralizar en España el movimiento propulsor de la enseñanza racionalista, sino que mi detención y encarcelamiento le han servido de acicate y de estímulo. Desde que me encuentro en esta prisión (que es, para mí, algo semejante á la famosa «Isla del Diablo» del capitán Dreyfus), he recibido innumerables cartas y visitas de profesores y maestros laicos, ya pidiéndome los programas de mi Escuela Moderna, ya consultándome sobre la creación ó sobre la reforma y perfeccionamiento de otras.

«De mis discípulos he recibido constantes pruebas de adhesión, cariño y respeto. Confían todos ellos en que triunfaré de mis enemigos, y me alientan con palabras de fervoroso afecto y de amor verdaderamente filial.»

Al decirme esto, su voz enérgica y vibrante adquiría matices é inflexiones de dulzura. Me dió á leer la carta de una ex alumna de su Escuela, Isabel N., que reside hoy en París, y de la cual recuerdo estas hermosísimas frases:

«Vous êtes ma conscience et ma sauvegarde. Quand je pense á vous, je ne peux rien faire de mauvais.»

(Es usted mi conciencia y mi salvaguardia. Cuando pienso en usted, no puedo hacer nada malo.)

«Todos mis antiguos alumnos se expresarían en igual forma—añadía el Sr. Ferrer—, y esto habrá influido se-

guramente en la campaña que los racionalistas franceses han sostenido noble, tenaz y generosamente en favor de este proceso sin causa alguna.»

«A otras preguntas más dijo Ferrer que, durante el tiempo de su prisión, se ha consagrado á leer cuantos artículos y obras se han publicado respecto á enseñanza racionalista. «Y aunque no soy escritor—agregaba modestamente—he aprovechado las siete semanas transcurridas desde el aplazamiento de la vista en hilvanar una obra original, que espero ha de unir todas las voluntades españolas que sienten la necesidad del afianzamiento y desarrollo de las ideas que he sustentado toda la vida: es decir, del racionalismo en lo que atañe á la instrucción pública.»

Y el Sr. Ferrer concluyó diciéndome: «Mi religión es de paz y amor. Soy enemigo de toda violencia, de todo airado movimiento. Y esto lo pueden probar á una mi historia, mis amigos y mis alumnos.»

Con esto me despedí del Sr. Ferrer, estrechando fuertemente su mano y haciendo votos porque la verdad resplandezca al final de este proceso ruidoso, cuyo protagonista se juzgó, con denó y ejecutó á sí mismo.

Carlos MIRANDA.

CURIOSA TRAGI-COMEDIA

LOS LADRONES Y EL SUICIDA

Las pasadas, por la mañana, un estruendo formidable sacó de su aburrida modorra al portero de una de las casas de la calle Myrha, de París. El estrépito lo producían dos zapateros, ya bien tallados, que no bajaban, sino que se tiraban materialmente por la escalera, unas veces saltando y las más rodando un buen trecho de escalones. Como almas que lleva el diablo, y con las caras horrorizadas, pasaron ante el portero cual una visión de espanto, huyendo á todo el correr de sus ágiles piernas.

El somnoliento portero permaneció un momento pasmado; pero en seguida se rehizo y echóse á pensar de que dos individuos que salen por su puerta de la extraordinaria manera que aquellos acababan de salir, no deberían venir de nada bueno, ni llevar tranquilidad en sus conciencias. Y se lanzó á perseguirlos, viéndolos que desaparecían á escape por la calle próxima.

Afortunadamente para la persecución del portero, acertaron á pasar en aquel momento por la dicha calle dos guardias, los cuales, advertidos por las voces del perseguidor, cortaron el camino á los escapados, capturándolos. Y bien sujetos, á la comisaría se los llevaron.

Todavía llevaban los dos jóvenes el semblante horrorizado, cosa que no se explicaba el comisario, ni tampoco el que huyeran de aquella casa, de la manera inaudita que refería el portero, cuando ellos juraban y perjuraban que eran inocentes y sólo víctimas de un error, ya bien purgado, por cierto. Pero cuando el comisario, al registrarles, sacó de sus bolsillos un arsenal completísimo de útiles del oficio de ladrón, los zagalones cesaron en sus protestas de inocencia y se decidieron á confesar punto por punto el secreto de su pecaminosa aventura.

Aunque habían sido toda su vida honrados mozos de carnicería, los dos amigos es lo verdadero que actualmente se hallaban concertados para robar en cuantas casas pudieran colarse forzando puertas y ventanas. Y precisamente aquella mañana habían logrado meterse en el cuarto de la calle Myrha, para desvalijar de su dinero al mecánico señor Danclos, hombre de cuarenta años, que debería tener por lo menos algunos ahorros más que los dos compinches.

Y, en efecto; con infinitas y delicadas precauciones, habían logrado, sin meter ruido, que se abriera la puerta, y luego de entrar, cerrarla suave y discretamente. Dentro del campo de operaciones, busca, buscando el nido de los cuartos, habíanse entrado en el comedor de la casa, andando de puntillas, por sí un erróneo cálculo de la hora y del día les resultara tan mal hecho, que el señor Danclos anduviese por su vivienda, en la cual, para colmo de ventajitas, nadie más que el mecánico habitaba.

Pero, ¡oh malaventura horrorizante!

El Sr. Danclos estaba en su casa. Porque apenas avanzaran unos pasos por el comedor los dos ladronzuelos, vieron que, balanceándose en el vacío, pendía de un garfio del techo el cadáver del Sr. Danclos. Los ladrones se quedaron paralizados, presa de un terror saludable, y en cuanto el temblor de las piernas les permitió correr se echaron despavoridos por la escalera abajo, y luego á la calle, sin los dineros del ahorcado, y con el espantajo de la horea en la memoria, para mucho tiempo de beneficioso escarmiento.

La indagación judicial ha demostrado luego, que ahorcándose aquella mañana, para finalizar sus intolerables padecimientos, el Sr. Danclos había salvado sus ahorros, en beneficio de sus herederos.



Toribio se fué á la Exposición de ganados hecho un hombrecito en la imperial de uno de esos ómnibus-automóviles que, al estilo de París, acaban de establecerse en esta corte.

Antes de montar estuvo haciendo la observación de que las mujeres españolas conceden á las pantorrillas bastante más importancia que las francesas, á juzgar por el temor que tienen de enseñarlas.

Subían á lo alto del coche muy pocas y lo hacían con todo género de precauciones.

Las más despreocupadas llevaban buenos bajos.

Toribio pensó, entonces, si los remilgos de las otras serían, efectivamente, pudor ó desaliño.

Ya, de camino, sintió mil veces haberse encaramado á aquellas alturas, porque á cada viraje temía verse lanzado al espacio por la fuerza centrífuga y, si miraba al suelo, le asaltaba el vértigo del vacío. Así es que decidió agarrarse bien, mirar sólo á una rubia que iba á su vera y distraerse sacando la lengua.

Al descender, lo hizo el primero para convencerse de que, efectivamente, las francesas conceden á las pantorrillas menos importancia que las españolas.

Toribio, como es natural, lamentó que ya que en todo es nuestro país subsidiario de las costumbres del vecino, no lo sea también en este pequeñísimo detalle.

Lo de *pequeñísimo* es tan elástico como las ligas de las pantorrillas francesas ó españolas.

Al primer golpe de vista, á Toribio le pareció el local habilitado para Exposición bastante miserable; ni el Ministerio de Agricultura ni el Municipio anduvieron muy esplendidos que digamos con los ganaderos.

No andan tan parcos—pensó Toribio—en cobrar los impuestos y los arbitrios.

Toribio no entiende de ganados; de perdidos ya es otra cosa, porque, en su vida golfa y callejera, les ha tratado de todas las castas y especies.

Lo mismo acaeció con la Exposición de automóviles; el desconocimiento de la materia, lejos de ser para él una contrariedad, es un aliciente, porque como buen español, y Toribio lo es hasta la raíz de la lengua, gusta mucho de meterse en lo que no entiende.

Así es que se fué metiendo Exposición adentro como Pedro por su casa y como los jesuitas por las de todos.

Los ejemplares de la raza bovina le admiraron; jamás había visto toros tan bien criados, y eso que los ha visto con frac y corbata blanca y hablando y saludando como los hombres.

Toribio, que es próximo pariente de Gedeón, pensaba en los horrores del parto de las vacas hasta que el recién nacido logre asomar los cuernos.

«Ya ven ustedes á que altura de conocimiento del ganado vacuno anda Toribio! ¡Como que yo creo que ni siquiera se ha vacunado!...»

Del ganado caballar tampoco anda muy bien enterado que digamos; como que hubo de preguntarle á un mayoral que cuidaba de un lote de mulas, cada cuanto tiempo se reproducían aquellos animalitos, y quedóse absorto al oír que eran híbridos.

A Toribio le indignan estas bromas que la Naturaleza gasta con los sexos.

La sección de ganado lanar llamó poderosamente su atención; sobre todo el gremio de borregos por el cual siente

una viva simpatía. Como que es devoto de San Juan y del Toisón de Oro, sólo porque la condecoración y el santo tienen un borrego.

Un redil le trajo á la memoria la reunión de la mayoría; contribuyó mucho á este fenómeno extremo de nemotecnia la presencia del rabadán que se parecía algo á Maura.

Al oírles balar alternativamente se creyó que estaba en el Congreso presenciando la votación nominal de un proyecto de ley del Gobierno.

Muchos borregos tenían cara de llevar sucia el acta.

Otros se agrupaban en familias como nuestros patriarcados políticos.

Algunos tenían tipos de yernos.

Pero donde Toribio se solazó, se regodeó y hasta hozó en el ostercolero de la alegría, que diría un poeta paisajista, fué en la sección del ganado de cerda.

El cerdo tiene para Toribio insuperables excelencias.

¡Oh! La excelencia del cerdo es mucho más legítima que la de bastantes jefes de Administración y caballeros grandes cruces.

Si Toribio no fuese hombre, desearía ser cerdo, aunque, según él, se puede ser á la par ambas cosas.

Le encanta en primer término la filosofía epicúrea de que el gorrino es el más legítimo representante.

Encuentra muy bien que *su dios sea el vientre*, porque si la vida no se ha inventado para comer, ¿para qué diantre se quiere?

Al fin y al cabo por comer más y mejor luchamos todos como unos cerdos.

Adora su seriedad, su parsimonia, su egoísmo. A un marrano que ostentaba sobre sus mantuosos lomos las medallas recibidas en otros certámenes, creyó haberle visto en una recepción palaciega y le saludó con gran ceremonia.

Toribio salió satisfechísimo de la Exposición de ganados y haciendo votos porque muy pronto se celebre un concurso de hombres y mujeres organizado por una sociedad del fomento de la cría y mejoramiento de la raza humana.

Porque, la verdad, los hombres también hemos venido muy á menos.

EL SASTRE DEL CAMPILLO

Por el mundo.

Blancos y negros.

Las luchas de tirios y trovanos que inmortalizó la epopeya, resucitan en los actuales tiempos, encarnadas y encarnizadas por los pueblos de distintos colores y razas que conviven en los Estados de la Unión.

No es que merezcan, hoy por hoy, los honores de ser cantadas por Alejandro Tryfiodoro, autor del hermoso poema griego «La destrucción de Troya», ni que sean dignas de inspirar á nuevos Homeros y Virgilio creaciones inmortales como la *Iliada* ó la *Eneida*; pero en los bárbaros espectáculos de matanzas y *lynchamientos* con que los yankees van practicando su terca obra de selección, ya exterminando á los pieles-rojas, ya persiguiendo á la raza negra, ya oponiéndose á la competencia que la amarilla pudiera hacerles, se ve el atavismo de aquellas naciones de guerreros y comerciantes cuyas hazañas fueron ya llevadas por Eurípides á la escena y dramatizadas luego por Séneca.

Una ciudad de Georgia (Clackton), ha sido teatro recientemente de una tragedia semejante á la del sitio, destrucción y ruina de Troya ó Ilión, desempeñando los dos papeles principales de Elena y Paris una joven perteneciente á la población blanca y un negro á quien se acusa de haberla violado.

La casa en que habitaban el seductor y su familia fué asaltada por buen número de individuos de nuestra raza, y los parientes del inculpaado tuvieron la comodidad de recibir á tiro limpio á los asaltantes, dando muerte á uno de ellos y dejando á cuatro muy mal heridos.

Los blancos mataron, á su vez, á una hermana y al padre del violador y causaron graves lesiones á otros habitantes de la casa, penetrando en ella después de una formidable batalla, durante la cual pelearon titánicamente los dos bandos beligerantes. Mas no dieron con el culpable, por haber huido éste del teatro de la refriega, temeroso de que sus enemigos hiciesen blanco en él, con ser negro...

No pararon ahí las cosas. Despechados los defensores de la joven atropellada por aquel París de raza etíopica,

acribillaron á balazos á la madre y al hermano del fugitivo cuando eran llevados—no sabemos por qué—á la cárcel, y la bárbara ley de Lynch fué aplicada, una vez más aún, á dos personas cuyo mayor delito era el de haber nacido... negros.

La civilización y la barbarie siguen en íntimo consorcio, como se ve, en los Estados de Norte-América, donde la vida viene á ser como una especie de treinta y cuarenta, en que un color gana y el otro pierde. Sólo que, en este caso, han salido los dos perdiendo..

**Piratas de levita.**

Y no decidiéndose los yankees á matar á los hombres de su color, se contentan con robarlos modestamente. De ello puede dar fe el joven duque de los Abruzzos, hijo de Madrid y de Amadeo de Saboya, quien ha sido víctima de un saqueo en aguas norteamericanas.

Había dado una recepción á bordo del buque en que viaja, é invitó á ella á las personas más distinguidas de la población, en cuyo puerto había fondeado. Para corresponder á su acogida cordial y á la esplendidez con que fueron agasajados por el ilustre viajero, algunos visitantes y huéspedes se llevaron, como recuerdo de su estancia en las habitaciones del príncipe, varios objetos de valor, entre ellos, un neceser con incrustaciones de plata y oro, que—según frase del robado—podrá sacar de un apuro á su admirador...

El duque de los Abruzzos ha formulado la consiguiente reclamación ante las autoridades americanas, y, á propósito de este hecho, un testigo de mayor excepción, el almirante Erasus (de la armada yankee) ha dicho lo siguiente:

«No me extraña lo sucedido, pues en distintas ocasiones he sido víctima yo también de robos semejantes. Mas debo añadir que eso me ha ocurrido sólo en aguas norteamericanas.»

Como decían en la famosa obra de Camprodón:

*Bello país debe ser  
el de América, papá...*

**Diputados «camorristas».**

Los pueblos de la raza latina son los que baten el record en cuanto á escándalos parlamentarios, y no es Italia ciertamente la nación menos fecunda y pródiga en acontecimientos de esa índole.

El suceso de que se ha hablado allí esta semana en los círculos políticos, con preferencia á todo otro asunto, es la dimisión que de su cargo de diputado presentó el representante de Nápoles en la Cámara, signore Pepuccio Romano, á consecuencia de la terrible acusación contra él lanzada en la sesión del 24 de Mayo último.

Después de un debate pesadísimo sobre cuestiones financieras, y cuando ya se acercaba la hora de poner término á la sesión, un diputado socialista, Morgacio, pidió la palabra «para tratar—según manifestó á requerimientos del presidente—de un punto gravísimo que atañe al honor de algunos miembros de esta Cámara.»

«Hay aquí—dijo el orador—varios representantes de la Nación que debían estar en presidio, y que aprovechan su investidura cubriendo con ella á Sociedades criminales. Son bandidos de levita que urge desenmascarar, si no queremos hacernos solidarios de sus maldades.»

Al escuchar tan terrible exordio, se hizo el más profundo silencio en la sala. Los diputados se miraban unos á otros, presintiendo que iba á ocurrir algo gravísimo, y en los rostros de muchos se revelaba la estupefacción y el recelo.

La presidencia exigió á Morgacio que explicase tales palabras, y el diputado socialista, á quien de todos lados gritaban:—¡Nombres! ¡Nombres!—, siguió diciendo imperturbable:

—Si queréis nombres, los tendréis, y en gran abundancia. Por hoy me limitaré á acusar á uno de nuestros colegas, contra quien poseo pruebas irrefutables. —¿Quién es? ¿Quién es?—exclamaron muchos diputados, ansiosos.

—Su excelencia Pepuccio Romano, diputado por Nápoles—prosiguió, con voz solemne, Morgacio.

Y he aquí el final de esta memorable sesión, y las consecuencias del acto de valor realizado por el representante socialista.

«El acusado se levantó como movido por un resorte.

—¡Mentís!—gritó pálido y descompuesto—. ¡Sois un miserable!

Morgacio volvióse contra él.

—¿Cómo os atrevéis á hablar, siendo jefe de La Camorra?

Semejante acusación llevó á su colmo la sorpresa de los diputados.

Se venía hablando desde hace tiempo de que la famosa Sociedad de bandidos de tal nombre, contaba, para la impunidad de sus crímenes, con el apoyo de algunos diputados meridionales.

Por eso, la denuncia clara y concreta de Morgacio causó tanta sorpresa y sensación.

El inculpado, lívido, tembloroso, intentó defenderse; pero todos los diputados separáronse de él.

Viéndose aislado, en medio de la Cámara, en un ambiente de sospecha que le quitaba toda autoridad moral, salió de allí con la cabeza baja y el paso vacilante.

Inmediatamente envió la dimisión de su cargo de diputado al presidente de la Cámara.

Decía en dicho documento, que no pudiendo contar con el apoyo de sus compañeros, rocababa su libertad de acción como ciudadano, para perseguir judicialmente á Morgacio, y á su periódico de Nápoles, que, desde hace días, le atacaba sin piedad.

El representante socialista ha dicho que puede probar sus aseveraciones, y que en breve acusará también, sin miedo de que lo rectifiquen, á otros miembros del Parlamento, que, de modo indirecto, protegen asimismo á La Camorra.

Los periódicos radicales y socialistas se hacen eco de rumores estupendos, según los cuales, muchos diputados merecen ir á presidio.»

Esta cuestión, que apasiona allí los ánimos, ha hecho que renazcan las discusiones y las reyertas á que dió lugar otro famoso escándalo de que fué teatro la Cámara italiana: la prisión del jefe de la Sociedad secreta La Mafia, quien ostentaba asimismo la investidura de diputado.

**El código secreto de los mendigos.**

El periódico alemán Der Vnderer, órgano de las posadas subvencionadas por el Estado, que recoge los mendigos trahumantes, publica en su número de esta semana una información muy curiosa, que revela los signos de que se valen los profesionales de la limosna, para transmitirse misteriosamente indicaciones grandemente útiles para su oficio. Estos signos convencionales, comprensibles para los mendigos de todos los países, y que no pueden despertar sospechas de parte de quienes no estén iniciados en su sentido, forman un verdadero código secreto de señales, que aquí no es necesario, porque la mendicidad es profesión nacional, que se ejerce y se consiente en medio de la calle, y por eso no se ha implantado, ni se implantará el original señario.

El código secreto del mendicante se emplea, sobre todo, en las ciudades, donde el riesgo de ser arrestado por mendicidad y vagancia es más grande que en los pueblos y en las carreteras. Con él puede saber el mendigo quienes son, además de las que de ordinario explota, las personas caritativas, y también las que no dan limosna ó sólo la entregan mediante ciertas condiciones.

Las señales son colocadas en las puertas de los cuartos de cada casa, al lado opuesto del timbre, y á una altura de metro y medio sobre el suelo. Están escritas con tiza, en trazos poco aparatosos. Los ojos de lince del mendigo los descubren en seguida. Tal burgués caritativo, se ve de pronto sorprendido por el gran número de pobres que llaman á su puerta. La causa de este jubileo de mendigos, es que la puerta del inadvertido vecino, en el lugar indicado, está señalada con un círculo blanco.

Cuando el signo aparece formado por dos pequeños círculos, montado el uno sobre el otro, la casa está señalada como muy buena. Y cuando tiene tres crucecitas, ya sabe el mendigo que no debe arriesgarse á pedir, porque en la casa habita un agente de la autoridad.

Una pequeña cruz, indica que en aquella vivienda no se da nunca un solo céntimo. Dos cruces superpuestas anuncian un peligro probable. Un pequeño triángulo revela presencia de una vieja caritativa. Un cuadrado, un cliente duro de pelar. Dos cuadrados dicen que el cliente es malhumorado y que además de no soltar un cuarto sermona de lo lindo al pedigrío.

En los pueblos y en los campos, un cuadrado con un mango—la imagen de una pala—previene al mendigo de que tendrá que ejecutar una pequeña operación, para obtener, á cambio, la limosna.

La pala simbólica no se encuentra nunca en las ciudades, donde el mendigo es demasiado vanidoso para trabajar.

**“Barba Azul”, hembra.**

Los habitantes de la aldea de Montignies-Vesoul se han visto tristemente sorprendidos por la comisión de un crimen espantable que ha venido á perturbar la inveterada tranquilidad de aquella vida campesina.

En una casa situada á la entrada del pueblecillo, vivía una mujer, la viuda de Bobillier, de cuarenta y seis años, que estaba en relaciones íntimas con su criado Luciano Menigoz, de treinta y seis, quien se aprovechaba de su situación para ser dueño y señor y beber más de lo justo.

La amante tenía tres hijos. El día de autos, á eso de las dos, salió ésta de su casa, y entre un mar de lágrimas manifestó á un vecino guarda-jurado que Luciano acababa de suicidarse.

En efecto; dentro de la casa se hallaba Menigoz, tendido en el suelo, con la parte derecha del cráneo destrozada; respiraba difícilmente y empuñaba en la mano derecha un revólver.

Acudieron las autoridades y fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron por reanimar al herido, quien expiró sin recobrar el conocimiento ni poder pronunciar palabra.

Interrogada la viuda por el alcalde, manifestó que, habiendo subido al pajar Luciano, se hubo de caer, produciéndose una herida en la cabeza; que después de este accidente ella había salido de la casa, y al regresar se le había encontrado en la misma situación que le vieron las autoridades.

Las explicaciones de la viuda no convencieron al alcalde, quien hizo examinar el cuerpo del difunto por un médico, el cual manifestó que Menigoz había recibido tres golpes en la cabeza.

Comenzadas las pesquisas encontróse en un rincón del huerto un hacha recientemente lavada.

Se vió también que el revólver que empuñaba Luciano estaba lleno de orín y dentro del cañón había telarañas, lo cual demuestra que desde hace tiempo no se usaba, ni había entrado en él una bala.

Cercada la viuda á preguntas, acabó por confesar su crimen.

Desde hacía algún tiempo—dijo la viuda—mi criado me maltrataba y me hacía imposible la vida.

El mismo día del suceso vino borracho á casa y me exigió que le diese dinero.

En vista de mi negativa trató de estrangularme, y con gran trabajo logré desasirme de él y ponerme en salvo.

Llena de rabia, por lo ocurrido, fui á buscar el hacha y le di con ella tres golpes en la cabeza. Luciano cayó desplomado.

Aterrorizada por mi crimen quise hacer creer que se trataba de un suicidio y coloqué en su mano un revólver y fui en busca del guarda.

La criminal, después de confesado su delito, no mostró ningún remordimiento y se dejó conducir tranquilamente á la cárcel, sin acordarse para nada de sus hijos.

El crimen hasta aquí no traspasa los límites de lo vulgar; pero hay una circunstancia que le hace interesantísimo, y es la de que, con motivo de él, comenzó á sospechar el vecindario que no era esta la primera vez que la Bobillier tenía sus manos en sangre.

Recordóse que el marido había muerto de una manera extraña, porque entonces se creyó que efectivamente le había destrozado la cabeza de una coz un caballo; pero ahora cayó la gente en la cuenta de que el cadáver no había sido encontrado en la cuadra, como era natural, sino en el lecho, y dada la índole de la herida era imposible que Bobillier tuviese fuerzas para meterse en la cama.

Además otro criado de la criminal murió también de muerte violenta.

El juez, ante estas sospechas, comenzó á instruir una información.

El cadáver de Bobillier presentaba dos heridas, una en cada lado de la cabeza.

«Cómo—se dice ahora—puede un caballo dar dos coces simultáneas en dos lados opuestos del cráneo?»

La hipótesis de que fué herido por su mujer corre como indiscutible entre aquellos aldeanos.

El médico que asistía á Bobillier, dice que cuando fué llamado á auxiliarle le fué imposible determinar de manera cierta la causa de las heridas; creyó, na-

turalmente, la versión de la mujer y no entré en sospechas, porque desconocía la vida accidentada de aquel hogar; los vecinos tampoco abrigaron ninguna duda.

Pero las circunstancias de este nuevo crimen me hacen pensar y ver las cosas de distinta manera que las vi entonces. Ahora creo que aquellas heridas pudieron muy bien haber sido producidas por un instrumento contundente.

Acosado por estas dudas, y á instancias del juez, trasladóse el médico á la cárcel y sometió á la Bobillier á un interrogatorio.

Esta negaba haber cometido los otros crímenes.

Entonces el médico la dijo solemnemente:

«¿Por qué se obstina usted en mentir?»

Confiese usted, puesto que todo la acusa, que también ha matado usted á su marido.

«¿O prefiere usted asistir una vez más al horripilante espectáculo de que se la ponga delante del cadáver de su marido, como acaba de ponérsela delante del de su amante?»

«¿Por ventura cree usted que diez y ocho meses de sepelio es tiempo suficiente para hacer desaparecer las huellas del crimen á los ojos de la Ciencia?»

Se exhumará el cadáver y se sabrá toda la verdad.

La cínica mujer permanecía muda, pero su mismo silencio la acusaba.

Cinco minutos después, en presencia del juez, hizo completa confesión de su crimen.

Me encontraba—dijo—en la puerta de la cuadra.

Mi marido entró en casa completamente borracho, y apenas me vió comenzó á insultarme groseramente y trató de agredirme, persiguiéndome hasta el interior de la cuadra.

Me cegué de cólera, fui en busca del hacha que me ha servido para matar á Luciano, y en plena obscuridad le di dos golpes y salí huyendo de casa.

Media hora más tarde regresé y me lo encontré en el lecho.

Estaba agonizando; al día siguiente murió.

Terminada esta horrible confesión, sin dar señales de abatimiento ni acordarse para nada de sus tres hijos, la Bobillier regresó á la celda.

Queda otro punto por descubrir; si también mató al otro criado.

Hay ya muchos indicios para creerlo así.

Tales son las hazañas sangrientas de esta especie de Barba azul hembra, que ha matado con la misma hacha á tres hombres, y á no haberse descubierto su último crimen, seguramente hubiera aumentado el siniestro catálogo de sus víctimas, con los cuales hubiese llenado el poético cementerio de aquella apacible aldea.

**EL BOLSILLO DE UN LADRÓN CÉLEBRE**

JAMES Mac Farland era uno de los más elegantes gentlemen de Pittsburgo, cuando—hará cosa de dos semanas—fué detenido por el agente de policía Jonathan Fitch. Este procedió á registrarle, empezó por hacerle quitar el abrigo, de irreprochable corte y paño excelente, que en uno de sus lados ofrecía al tacto bultos muy sospechosos por su tamaño y su dureza. El forro estaba doblado á la parte izquierda del pecho, en forma de un inmenso bolsillo.

En primer término había una colección de ganzádas tan bien dispuesta, que no podría resistirseles, cerradura alguna del mundo.

Además, unas cuantas limas, una pequeña sierra con numerosas mechas de recambio, unos alicates y una lamparita eléctrica. Los instrumentos más peligrosos eran un revólver de cinco tiros y un cuchillo de hoja ancha y corta.

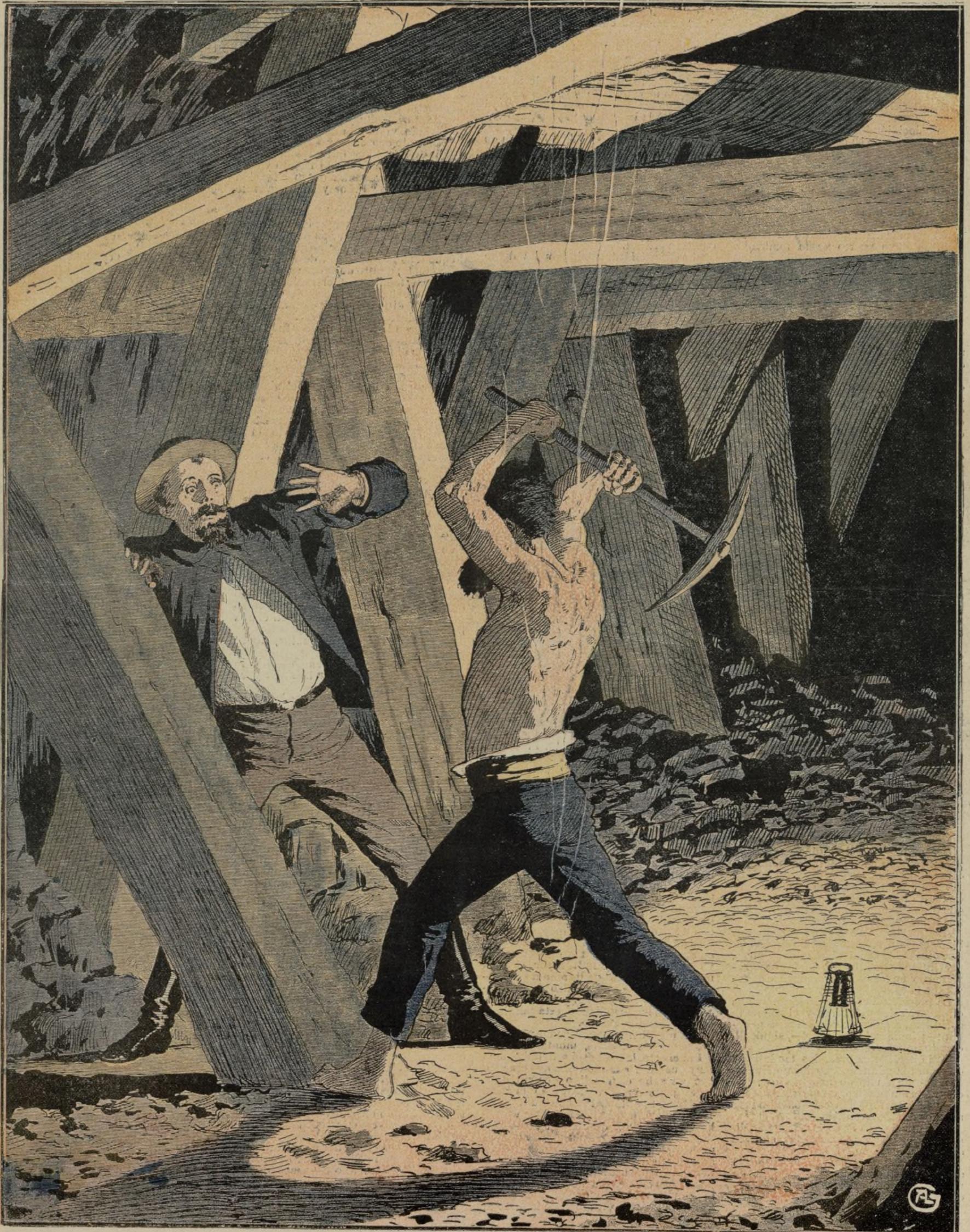
Pero lo que hacía más temible á tan distinguido ladrón, era un abultado estuche que contenía varias cápsulas de dinamita destinadas á forzar las más resistentes cajas de caudales.

Un golpe cualquiera, el codazo de un transeunte, podían enviar al otro mundo al propietario del gabán y á las personas que estuvieran próximas á él.

Tan grave riesgo ha sido evitado á los pacíficos ciudadanos de Pittsburgo, gracias á la sentencia dictada contra James Mac Farland, condenándole á algunos años de reclusión.

Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL  
Mecanero Romano, 31, Madrid.

# EN EL FONDO DE UNA MINA



UN INGENIERO ACOMETIDO POR UN LOCO

Ayuntamiento de Madrid